

Todo está volviendo: nostalgia de los noventa

En 2019, Instagram Shopping convocó a Céline Dion para una campaña promocional, recreando el famoso videoclip de la canción *It's All Coming Back to Me Now* (1996), con un marcado y *ex profeso* acento nostálgico. El gesto tenía sentido: se trataba de difundir las grandes marcas de la moda disponibles en la aplicación y todas ellas cumplían con una estricta estética noventera. Asimismo, Dion era la persona indicada para hacerlo: fue durante esa década, la cantante más exitosa del mundo. Su canción volvía divertida la capacidad de los grandes diseñadores de recuperar estilos e influencias de hace treinta años, como si el fantasma de los noventa regresara para recordarnos cuán importante fue.

La anécdota viene a recrear un hecho fácilmente constatable: hace ya un tiempo que la década del noventa es asunto de interés para diseñadores, músicos, cineastas, escritores y pensadores del más amplio espectro. Interés político, porque representa la culminación de un modelo mundial con la caída del muro de Berlín y el bloque soviético y el inicio de una era marcada por el capitalismo globalizado. Fueron años de convenios bilaterales, acuerdos entre continentes y formación de espacios comunes como el Mercosur. Interés tecnológico, porque fue la época del mayor avance en los medios de comunicación, del entretenimiento como estandarte, de la expansión de internet y de la transmisión en directo de programas televisivos, guerras, manifestaciones callejeras y juicios políticos. Interés cultural porque la Posmodernidad puso en el foco los cambios que dejaba el siglo y las incertidumbres que planteaba el nuevo milenio.

En la confluencia de todas esas trayectorias, lo estético dio prioridad a la periferia, el multiculturalismo, la sexualidad, la raza y el feminismo. Reivindicó la lucha de colectivos históricamente relegados y puso en boga, gracias a los estudios culturales, nociones sobre subalternidad, poscolonialismo y posfeminismo. Se debatió continuamente entre el horror del sida y la beldad del arte pop, amparándose en un giro hacia la subjetividad y la mirada propia que caló en la autoficción y las escrituras del yo. Las grandes gestas dejaron lugar a las situaciones intimistas y a los héroes anodinos, se explotó hasta el cansancio la expresión de emociones y se privilegió el hedonismo vinculado al entretenimiento y el ocio.

América Latina vivió, al mismo tiempo, el colapso de las medidas neoliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional y las ilusiones del progreso mediante la expansión de la industria musical, la multiplicación de los centros comerciales, las salas multicine, la hegemónica presencia de la televisión y los primeros teléfonos celulares. En muchos aspectos, las concepciones sobre el arte empezaron a cambiar para y desde el continente latinoamericano. Siempre en continuo diálogo con Europa y Estados Unidos, algunos de los intelectuales más importantes de Latinoamérica publicaron libros seminales durante esa década (Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Carlos Monsiváis, Josefina Ludmer, Hugo Achugar, Jesús Martín Barbero, José J. Brunner, Silvia Molloy, entre otros), creando un espacio discursivo de reflexión propio que actualizó el pensamiento y se expandió rápidamente por universidades, bibliotecas y centros culturales.

Bajo la predominancia del pop, el arte interactuó con la revolución digital y el avance de las comunicaciones, extendiendo una tendencia iniciada años atrás, aunque incluyendo aspectos vinculados a la nueva cartografía creada por la globalización y la inmediatez de los *media*. Fue notorio el impacto de las tecnologías de la comunicación (video, sonido, arte digital, animación) en todas las ramas del arte y la expansión del mercado artístico a nivel global, con incidencias claras en cierta producción local. Emergieron prácticas que privilegiaron la experimentación en el discurso y la contaminación de la especificidad de los lenguajes mediante el uso de múltiples medios, dejando a un lado la autonomía estética de cada campo y cuestionando las formas y los modelos hegemónicos. La ficción empezó a ser presentada junto al testimonio, el relato histórico, la exacerbación del yo, el nihilismo agudo, el *fake* y la espectacularización de la verdad. El cuerpo asumió un rol de relevancia en la escena artística y se repitió hasta el cansancio que «una imagen vale más que mil palabras». La mujer empezó a expresar su disconformidad con respecto a la desigualdad y asumió un rol destacado en el

terreno artístico, llenando espacios que hasta entonces permanecían vacíos u ocupados por hombres. La cultura popular se debatió continuamente entre el rezago y la inclusión a la cultura *mainstream*, a veces parodiada, a veces legitimada por sectores sociales diversos. La infancia fue asemejándose cada vez más a la adolescencia y esta cada vez más a la adultez, con artistas jóvenes gradualmente más sexualizados.

El reforzamiento de la cultura de masas iniciado décadas atrás no hizo más que agravar la eterna discusión entre lo propio y lo importado, aderezada por los discursos que preconizaban la muerte de la historia y los grandes relatos. Durante esa década, las tensiones entre historia reciente y memoria se pusieron sobre el tapete y cristalizaron con fuerza en la novela histórica y la literatura testimonial. El tema de la identidad nacional cobró fuerza, cada vez más proyectado hacia un plural que diera cuenta de culturas diversas, tanto en los discursos artísticos como en el ensayo y la crítica. Emergieron nuevos escritores y se consolidaron quienes habían empezado a publicar a finales de los años ochenta. Se reforzaron manifestaciones culturales aparecidas años atrás en el ámbito juvenil, como el grafiti, la multiplicación de medios de prensa originales, la preeminencia del videoclip y la aparición de nuevos géneros musicales, dando cuenta de una continuidad con la década anterior. El cine en español alcanzó especial importancia mediante acuerdos transnacionales con España y otros países del continente y apareció como una alternativa a la hegemonía hollywoodense.

En ese contexto de transición y movimiento, los noventa asoman como una respuesta a las alternativas artísticas y culturales de décadas anteriores, y como un momento de cuestionamientos axiológicos y modalidades de producción de cara al nuevo milenio. No es raro entonces que en tiempos actuales, se recupere la esencia aurática de esos años. Frente al desasosiego constante de una guerra nuclear o un virus pandémico que acabe con la humanidad, los noventa representan la alegría y el hedonismo que parecen ahora, tan lejanos. En momentos en que se discuten los acuerdos bilaterales y las asociaciones regionales como la Unión Europea o el Mercosur, el ánimo fraternal que escondía intereses económicos y desarrollistas en los noventa, asoma hoy como un idilio. El arte de esa década, desenfrenado y explosivo, reaparece cotidianamente para recordarnos que todo lo que ahora se considera original, ya se hizo treinta años atrás.

Los ejemplos valen para muestra: en el 2013, el New Museum de Nueva York presentó *NYC 1993: Experimental Jet Set, Crash and No Star*, a propósito del año de la inauguración de Bill Clinton que, metonímicamente, marcó toda una época para los estadounidenses. En 2014, el Centre Pompidou en Metz estrenó *1984-1999: The Decade*, sobre la generación de artistas franceses que revivieron el arte en esos años. Ese mismo año el Montclair Art Museum de Nueva Jersey inauguró la exposición *Come As You Are: Art of the 1990s*, sobre algunos de los más importantes artistas estadounidenses de la década. La muestra online *Orgullo y prejuicio (arte en Argentina en los 90 y después)* se inauguró en 2020 en la Galería Nora Fisch de Buenos Aires. La publicación de libros, blogs, dossiers y proyectos culturales dedicados al tema se ha multiplicado notoriamente en el último lustro, como muestran las reseñas aquí incluidas. El cine (tanto *indie* como comercial) ha empezado a dejar atrás las identificaciones de los ochenta que tanto éxito han cosechado últimamente, para dar paso a historias que oscilan entre la frustración, el conformismo y la esperanza, siempre con la nostalgia como telón de fondo. El año pasado, Televisión Española lanzó el programa documental *Novéntame otra vez*, sobre lo mejor de esa década. En 2018, el prestigioso premio Goncourt recayó en la novela *Sus hijos después de ellos*, de Nicolas Mathieu, sobre la desvalida generación de jóvenes franceses en los noventa, y este 2021, el premio Grammy al disco pop del año fue para *Future Nostalgia*, de Dua Lipa, que como su título adelanta, es una revisitación del synth pop que sonó la década.

Efectivamente, la revisión nostálgica del pasado reciente es para los *millennials* y la generación Z la forma de conocer una época de encanto e idealización, porque allí se gestó la expansión de la tecnología comunicacional y se masificó la utilización de dispositivos tecnológicos, considerados hoy en día objetos de culto (como los casetes, los walkman, los VHS, los discman, los walkie talkies, entre otros). Pero además, es una forma de visualizar cierta desfachatez aletargada por el ilusionismo del mercado y la globalización, las comunicaciones inmediatas, la expansión de la información y el conocimiento, las promesas de la juventud eterna de la mano del *new age* y las cirugías plásticas.

Este número de la revista [sic] repara en cada ángulo de la producción artística de esa época, pasando por la literatura, el videoarte, la música, el teatro, la poesía y el pensamiento crítico. Cada uno de los artículos ilumina un aspecto de crucial importancia para entender el arte iberoamericano durante los años previos al 11-S, que de alguna forma, ya vaticinaban los impulsos que tomaría en el siglo XXI. Asimismo, cada uno de ellos ofrece una relectura de la década desde el presente, cuando algunos modelos artísticos ya se asentaron, otros pasaron a la historia y otros desaparecieron en el olvido. Algunas cuestiones parecen lejanas y olvidadas, mientras que otras resuenan a insospechada actualidad. De algún modo, muchos de los fenómenos artísticos que se sucedieron en los noventa eran la contestación a hechos anteriores (¿podría pensarse el movimiento McOndo

sin el Boom como antecedente?), o la continuación de acontecimientos inmediatos (¿el videoarte o el teatro no prolongaban acaso una línea iniciada con la vuelta democrática a finales de los ochenta?). Muchos de los autores estudiados en los artículos de este número ya habían alcanzado cierta consagración en esos años, mientras que otros comenzaban su trayectoria y algunos pocos pasarían al olvido para ser, recién ahora, recuperados.

Por otra parte, la revista [sic] quiere homenajear al escritor Eduardo Acevedo Díaz, a cien años de su muerte, incluyendo un artículo que estudia su obra y lo conecta con la novela histórica de tanta relevancia en los años noventa. Además, rescatamos uno de sus ensayos sobre el tema, que se ofrece al final de este número. Como es sabido, la historia se despliega en múltiples vértices interconectados.

Este número de la revista [sic] pretende actualizar la multiplicación de estudios sobre el arte de la época, refugiándose tanto en la literatura como en otras manifestaciones que recorren todo el continente y, en algunos casos, se conectan también con España, desde México a Uruguay, desde Cuba a Argentina. También el lugar de enunciación de los trabajos es diverso (Montevideo, Madrid, Wisconsin, Bogotá, Gran Canaria, París, Buenos Aires), lo que confiere al número una mirada ecléctica y diversa sobre un fenómeno naturalmente heterogéneo como el arte iberoamericano. Al final de cuentas, el interés por esa era de transición finisecular es cada vez mayor y como coreaba Céline Dion en la canción antes mencionada, todo parece estar volviendo.

Álvaro Lema Mosca
Madrid, abril de 2021